

Hispanoamérica y la modernidad de 1922

I. Vanguardia y modernidad hispanoamericana

En febrero de 1922, la vanguardia hacía su ingreso oficial en América latina con la Semana de Arte Moderno de São Paulo, en la que participaron músicos, pintores y sobre todo poetas. El mismo año veía la publicación de *Trilce* de César Vallejo, *Veinte poemas para ser leídos en el tranvía* de Oliverio Girondo y *Andamios interiores* de Manuel Maples Arce.

Naturalmente, no se trataba sólo de un punto de partida, sino también de un coronamiento. Entre 1912 y 1916 Vicente Huidobro ya estaba elaborando los principios de su teoría poética que adquiriría cuerpo por primera vez en *Espejo de agua* (1916) y un año antes, Ricardo Güiraldes había publicado *El cencerro de cristal*, «trastienda clandestina —según Leopoldo Lugones— de las mixturas de ultramar, donde el fraude de la poesía sin verso, la estética sin belleza y las vanguardias sin ejército aderezan el contrabando de la esterilidad, la fealdad y la vanagloria»¹. El único número de *Los Raros: revista de orientación futurista* aparecía en 1920 y, en 1921, mientras Borges y sus camaradas vestían las paredes de Buenos Aires con la revista mural *Prisma*, al norte, a miles de kilómetros, Maples Arce pegaba de noche, entre carteles de toros y teatro, la hoja volante *Actual número 1*, donde expresaba su disconformidad con el orden imperante:

Con este vocablo dorado: estridentismo, hago una transcripción de los rótulos dadá, que están hechos de nada, para combatir la «nada oficial de los libros, exposiciones y teatro». En síntesis una fuerza radical opuesta contra el conservatismo solidario de una colectividad anquilosada².

El ejemplo del vanguardismo europeo —conocido desde el mismo año de la publicación del primer manifiesto futurista y sobre el que la juventud

¹ Citado por Giovanni Previtali, «Ricardo Güiraldes y el movimiento de vanguardia en Argentina», en *Movimientos de vanguardia en Iberoamérica*, Memoria del undécimo congreso, México, Universidad de Texas, 1965, págs. 31-39, pág. 31.

² Actual número 1, Hoja de vanguardia, Comprimido estridentista de Manuel Maples Arce, diciembre de 1921, recogido en *El Estridentismo, México, 1921-1927, introducción, recopilación y bibliografía de Luis Mario Schneider*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1985, págs. 41-48, pág. 46.

³ Citado por Wilson Martins, «El vanguardismo brasileño», en *Los vanguardismos en la América Latina, prólogo y materiales seleccionados por Oscar Collazos, La Habana, Casa de las Américas, 1970, págs. 259-275, pág. 271.*

⁴ En tal sentido se expresa Nelson Osorio T., *La formación de la vanguardia literaria en Venezuela (antecedentes y documentos). Caracas, Biblioteca de la Academia Nacional de la Historia, 1985, págs. 24-25 y Hugo J. Verani «Las vanguardias literarias en Hispanoamérica», prólogo al volumen Las vanguardias literarias en Hispanoamérica (Manifiestos, proclamas y otros escritos), Roma, Bulzoni, 1986, págs. 9-44, págs. 11-12.*

⁵ Manuel Maples Arce, *Urbe. Super-Poema Bolchevique en 5 cantos (1924), págs. 191-192, recogido en Luis Mario Schneider, op. cit., págs. 189-198.*

⁶ *La incorporación quedaba registrada en el rápido aumento de las inversiones norteamericanas entre 1914 y 1929: 1641 millones de dólares en 1914 y 5369 millones en 1929. Vid. Marcello Carmagnani, Estado y sociedad en América Latina, 1850-1930. Barcelona, Crítica, 1984, págs. 184 y ss.*

⁷ José Carlos Mariátegui, «El Ibero-americanismo y el Pan-americanismo» (1925). *Temas de Nuestra América, volumen 12 de Obras Completas, Lima, Amauta, 1960, págs. 26-30, pág. 28.*

literaria de América se lanzaría con ansias carnívoras— resultaba innegable y así lo reconocía el brasileño Mario de Andrade, teórico e impulsor del más nacionalista de los ismos latinoamericanos: «el espíritu modernista y sus modas fueron directamente importados de Europa»³.

Sin embargo, ello no significa que la vanguardia latinoamericana fuera una importación sin más de la cultura europea. Por el contrario, era la legítima expresión artística y literaria de la modernidad alcanzada en los demás órdenes de la existencia, tanto por las circunstancias propias, como por los acontecimientos más generales del mundo occidental al que pertenecía⁴.

Los pulmones de Rusia
soplan hacia nosotros
el viento de la revolución social.
Los asalta braguetas literarios
nada comprenderán
de esta nueva belleza
sudorosa del siglo,

y las lunas
maduras
que cayeron,
son esta podedumbre
que nos llega
de las atarjeas intelectuales⁵.

La primera gran guerra y la revolución soviética, cada una con sus propias dimensiones, eran acontecimientos que conmoverían las estructuras del atávico mundo hispanoamericano. Como en los desenvolvimientos de las películas norteamericanas, donde el pordiosero de ayer es el jefe de una sociedad secreta de hoy, y la dactilógrafa aventurera, una multimillonaria de incógnito, los cambios serían continuos, bruscos, profundos.

La guerra del 14 aceleraba la incorporación del subcontinente al agresivo expansionismo estadounidense⁶. El nuevo imperialismo, mucho más ambicioso que el británico, rompía el antiguo pacto entre la metrópoli europea y la oligarquía autóctona, adueñándose del sector productivo, al tiempo que ejercía un proselitismo democrático.

Esta desnacionalización de la riqueza explica que los plutócratas gobiernos hispánicos fueran reacios al proyecto panamericano, cuya auténtica intención no podía escapar a la más lerda perspicacia. No obstante, la drástica reducción en el volumen de las exportaciones impuesta por la conflagración europea les obligó a reconsiderar su postura: «El capitalismo yanqui invade la América indo-íbera. Las vías del tráfico comercial panamericano son la vías de esta expansión. La moneda, la técnica, las máquinas y las mercaderías norteamericanas predominan cada día más en la economía de las naciones del Centro y del Sur»⁷.

La asunción directa del sector productivo —minería y agricultura, básicamente— por parte de las grandes compañías norteamericanas, que ocasionalmente empleaban las más modernas técnicas en los nuevos centros coloniales antes que en la metrópoli⁸; la incorporación de Hispanoamérica al renovado capitalismo internacional significaba un gran salto tecnológico, «999 calorías./ Rumbbbb... Trrrraprrrrrrch... chaz»⁹. Aparecieron los primeros automóviles, los primeros *trucks*, los primeros aviones y todo cambió desde entonces; hasta la misma tierra que los geógrafos mostraban era ahora menos redonda. Hispanoamérica, como escribió Huidobro, entraba en «el ciclo de los nervios», y la poesía también cambió:

Tranvías

Con el fusil al hombro los tranvías
patrullan las avenidas
Proa del imperial bajo velamen
de cielos de balcones y fachadas
vertical cual gritos
Carteles clamatorios ejecutan
su prestigioso salto mortal desde arriba
Dos estelas estiran el asfalto
y el trolley violinista
va pulsando el pentagrama en la noche
y los flancos desgranar
paletas momentáneas y sonoras¹⁰.

Definitivamente, el siglo XIX había concluido para Hispanoamérica y un nuevo espíritu recorría sus vastas extensiones. El proyecto de la oligarquía agrícola y ganadera para asegurarse la hegemonía interna se agotaba irremediabilmente, acelerado por el golpe de mano del neocolonialismo estadounidense y acosado por los agentes de la modernidad latinoamericana: la clase media, el proletariado y la macrourbe.

El centro de gravedad se desplazaba del campo semifeudal a la inmensa ciudad, producto del incoherente desarrollo impuesto por la metrópoli a los núcleos de exportación que atraían —y no siempre con posibilidad de trabajo— tanto al excedente de población rural como a los emigrantes europeos que no regresaron a sus países de origen; la inmensa ciudad que hacía imposible las viejas relaciones clientelares y desplegaba una cruenta *struggle for life* —como dice algún personaje arltiano—, anunciando una más consciente lucha de clases:

He aquí mi poema:
Oh ciudad fuerte
y múltiple,
hecha toda de hierro y de acero.
Los muelles. Las dársenas.
Las grúas.

⁸ Carlos M. Rama, *Historia del movimiento obrero y social latinoamericano contemporáneo*, Barcelona, Editorial Laia, 1976, pág. 90.

⁹ César Vallejo, poema XXXII, «Trilce» (1922), en *Obra poética*, Archivos, Madrid, 1988, pág. 206.

¹⁰ Jorge Luis Borges, poema aparecido en *Ultra*, número 1, Madrid, 30 de marzo de 1921, recogido en Guillermo de Torre, «Para la prehistoria ultraísta de Borges», en *Al pie de las letras*, Buenos Aires, Losada, 1967, págs. 171-185, pág. 181.